

# **El Secreto de la Salud**

**N.º 1226**

**SERMÓN**

**PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO, 28 DE MARZO DE 1875**

**POR C. H. SPURGEON**

**EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON**

«Todavía he de alabarle, quien es la salud de mi rostro y Dios mío» (Salmo 42:11)

OTRO verso de este Salmo me atrae tanto que, aunque no es mi texto, no puedo pasarlo por alto sin un momento de atención. En el versículo cinco, el salmista dice: «Todavía he de alabarle por la ayuda de su rostro», y luego aparece la expresión del texto: «quien es la salud de mi rostro y Dios mío».

El rostro de Dios es nuestra ayuda, y Él mismo es la salud de nuestro rostro. La mejor ayuda que un hombre puede tener en tiempo de angustia es el rostro de Dios. Si siente que goza del amor divino y que es acepto ante el Señor, se vuelve de inmediato fuerte para soportar, atreverse o hacer. Pide la presencia de Dios contigo, hijo de Dios, y entonces podrás descender a la guarida del león, atravesar un horno de fuego, o pasar por las puertas de hierro de la muerte. Una mirada del Señor es vida y fortaleza para su pueblo.

Baste con esto sobre el versículo cinco. Ahora entrelacemos nuestro texto con él. Esta ayuda del rostro de Dios suele llegar a los creyentes cuando obtienen salud para sus rostros. Puede que no le plazca a Dios aligerar la carga, pero viene a ser lo mismo si Él fortalece la espalda. Puede que no retire al soldado de la batalla, pero si le da mayor ánimo para la lucha y mayor fuerza para sus fatigas, quizá sea aún mejor para él. «El ánimo del hombre soportará su enfermedad, pero el espíritu quebrantado, ¿quién lo soportará?» (Proverbios 18:14)

Dale a un hombre salud en su rostro, y se reirá de aquello que lo habría aplastado de haber estado en otro estado de ánimo. Hay momentos en que la langosta se convierte en carga, y hay otras estaciones en las que, con espíritu indómito, podemos decir: «¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás convertido en llanura» (Zacarías 4:7)

Todo depende de la condición personal del hombre. Para el ojo enfermo, la belleza no existe. Para el paladar trastornado, la dulzura ya no se encuentra. Y para el oído sordo, la armonía es silencio.

Nuestra felicidad depende más de nuestra propia condición personal que de nuestro entorno. Lo grande que todos debemos desear es que, en espíritu, alma y cuerpo, seamos íntegros, es decir, santos, porque la santidad es, en verdad, la integridad de toda nuestra humanidad.

El pecado es enfermedad, la justicia es salud. Todos necesitamos ser sanados, para que, siendo sanados, podamos estar sanos; para que, recibiendo la restauración divina, nuestra naturaleza alcance la perfección completa. A través de la Caída y de nuestros propios pecados, nos hemos convertido en presa de múltiples enfermedades y necesitamos el ejercicio del poder divino para regresar a esa sagrada cordura de la naturaleza en la que Dios creó originalmente al hombre, cuando lo hizo a su propia imagen y vio, concerniente a él y al mundo en que lo había puesto, que era bueno en gran manera.

De la salud de nuestra humanidad completa hablaré esta mañana. Y mientras hablo de ella, que el Señor se complazca en hacer que todos veamos que Él es la salud de nuestro rostro y nuestro Dios.

**I. Nuestra primera observación es una que surge naturalmente del texto, aunque pueda parecer muy trillada: LA SALUD PERFECTA ES UNA GRAN BENDICIÓN.**

No me malinterpreten limitando mis palabras en su aplicación. No hablo solo de la salud del cuerpo, pues decir que la salud corporal es una bendición sería afirmar lo que nadie discute. El hombre, sin embargo, es algo más que un cuerpo; es también un alma viviente. Es más, en el hombre regenerado hay una triple naturaleza: cuerpo, alma y espíritu.

Incluso en ti, que no eres regenerado, hay una doble naturaleza de cuerpo y alma. Ojalá hubieras nacido de nuevo y hubieras alcanzado la triple naturaleza, poseyendo ese principio superior que nace de Dios. Pero incluso tú no te compones solo de mera carne. Y cuando hablo de tu salud, me refiero a la salud de todo tu ser.

La salud completa reside en la condición correcta del espíritu, el alma y el cuerpo. La salud completa en el cielo será nuestra cuando nuestro cuerpo haya sido resucitado de entre los muertos incorruptible; cuando nuestras almas hayan sido limpiadas de toda contaminación; y cuando nuestro espíritu recién nacido haya llegado a su pleno desarrollo; toda nuestra humanidad será glorificada.

Esta salud universal de nuestra humanidad es invaluable, porque fue lo que constituyó nuestro primer Paraíso. El hombre no era feliz en el Edén meramente porque los frutos fueran deliciosos y los olores de las flores que crecían en el jardín de las delicias fueran exquisitos, sino porque ninguna enfermedad del pecado había contaminado ninguna parte de su naturaleza.

Sus apetitos corporales no habían ganado predominio sobre sus facultades mentales, ni había permitido que ninguno de sus poderes mentales avasallara a los demás, ni había permitido que el orgullo del conocimiento detuviera el espíritu infantil que adoraba al gran Padre. Su ser estaba bien equilibrado y todos sus poderes estaban en una condición perfecta.

Adán era en todos los aspectos tal como Dios quería que el hombre fuera, porque era tal como Dios realmente lo había hecho. Como en una máquina perfecta, que sale recién de la mano del fabricante, cada rueda actúa sobre su compañera y el todo obedece al resorte principal central, así estaba la naturaleza de Adán en completo orden. ¡Ay de nosotros que alguna vez llegara a ser de otra manera!

Así como la salud perfecta fue nuestra primera felicidad, también será nuestra última y eterna felicidad, porque el cielo no son meramente calles de oro y arpas de música melodiosa, y criaturas aladas extrañamente brillantes, sino que es la perfección realizada, el lodazal de la depravación desechado. El alma volverá a ser ella misma, y de la humanidad se dirá: «Su carne es más fresca que la de un niño, y ha vuelto a los días de su juventud» (Job 33:25).

La salud espiritual, entonces, fue el primer Paraíso, y nunca podremos alcanzar el segundo sino mediante su recuperación. Ningún perdón del pecado, ninguna imputación de justicia, ninguna justificación por la fe, si tal cosa pudiera existir aparte de un cambio interior, podría hacer feliz a un hombre mientras su alma esté enferma. La salud debe reinar en el interior, o un trono en el cielo sería una burla.

Hoy en día, una medida de salud es esencial para nuestra felicidad. Si algún hombre aquí arde con la fiebre de la lujuria, no puede ser un hombre feliz. En el intenso calor de la pasión puede creerse bendecido, pero no se atreve a negar que, en esos intervalos de escalofrío remordimiento que alternan con el calor de la pasión, la aflicción y la angustia son su porción. La ira, la envidia, la venganza, la codicia, el descontento, el orgullo y la obstinación son todas enfermedades fatales para la felicidad.

Quizás algún hombre delante de mí está completamente entregado al mundanalismo, y el letargo se ha apoderado de él, y en la insensibilidad de ese letargo no se queja de ningún dolor, sino que encuentra una felicidad en el entumecimiento de la muerte espiritual. Que Dios te libre de esta paz horrible, de este estupor espantoso, porque no es verdadera felicidad, sino el heraldo de la muerte eterna.

La felicidad absoluta, aquella que resiste ser mirada (el gozo, la paz, la dicha real) nunca puede llegar a un hombre mientras una parte de su naturaleza disuene con la otra. Debe estar en lo correcto consigo mismo. El pequeño universo de nuestra naturaleza no puede cantar en armonía hasta que su sol central de fe, sus afectos planetarios e incluso esas imaginaciones que son comparables a los

cometas, estén cada uno y todos en sus esferas y órbitas adecuadas. Entonces, mientras todos ellos, como los cielos, declaran la gloria de Dios, todo estará bien. Debemos estar espiritualmente sanos o no podemos ser felices.

La falta de esta salud es la causa de mil males. Nos quejamos a menudo de este mundo, pero ya no sería la prisión de dolor si dejara de ser el teatro del pecado. Si el hombre fuera hombre como Dios lo hizo, la tierra pronto recuperaría su excelencia, y sus desiertos florecerían como la rosa.

Si los hombres no fueran pecadores, tampoco serían sufrientes. Los espinos y los cardos ya no serían una maldición, sino que serían contados entre las flores, si los hombres no tuvieran espinos en su seno y cardos en su corazón. Por el camino de la santidad ningún león ni bestia feroz podrá subir, porque del hombre perfecto está escrito: «Hasta con las piedras del campo tendrás tu pacto, y las bestias del campo estarán en paz contigo» (Job 5:23). Expulsa el pecado, y habrás expulsado a la serpiente cuyo limo ha hecho tan fétido este mundo. Corta este árbol upas, y las penas y tormentos innumerables ya no gotearán sobre la humanidad.

Podemos juzgar el valor de la salud cuando recordamos que no se puede comprar. No puedes comprar la liberación de la enfermedad corporal. ¿Qué no daríamos si pudiéramos? Buscaríamos a cualquier precio al médico cuyo honorario sea más alto, y no nos negaríamos a llenar sus manos de oro si tan solo pudiera darnos alivio.

Pero no, cuando Dios disciplina, la vara no se callará. En cuanto a la salud del alma y del espíritu, las bolsas del avaro, aunque se vaciaran, no podrían comprarla ni por un momento. Es más, el mero hecho de esperar ganarla así sería en sí mismo una enfermedad. Porque ¿qué son la confianza en las riquezas y la confianza en la justicia propia sino formas de orgullo, que es una de las más mortales de nuestras enfermedades?

No puedes comprar salud para tu naturaleza. Tus lágrimas no pueden obtenerla. Tus obras, tus arrepentimientos, tus oraciones no pueden hallarla aparte de Dios. Él es la salud de tu rostro. Bendice a Él porque Él lo es. Si no fuera por esto, toda tu cabeza continuaría enferma y todo tu corazón desfallecido. No hay bálsamo en Galaad, no hay allí médico (Jeremías 8:22). Solo Dios es el sanador del alma, y libremente otorga lo que la India, con sus gemas, y California, con su oro, no pueden conseguir.

Si carecemos de esta salud, nada puede compensarnos por su pérdida. Ustedes que han estado enfermos saben que nada puede compensar la agonía del dolor o la miseria de la incapacidad de mover los miembros. Esas noches agotadoras y esos días dolorosos de angustia no pueden ser recompensados con oro y plata.

Así también, a menos que llegues a estar en lo correcto en alma y espíritu con tu Dios, nada puede valer en su lugar. Puedes ponerte las vestiduras de la religión, puedes aprender los tonos y los manierismos de los cristianos, puedes cantar los cantos de los santos, puedes pensar que podrías tocar la música de los ángeles, pero «Es necesario que nazcáis de nuevo» (Juan 3:7). Debes ser recuperado de la enfermedad mortal del pecado. Debes ser purgado de la lepra inmunda del mal, porque estás contaminado, y hasta que no te recuperes no podrás entrar en los tabernáculos del Señor ni estar en su santo lugar. Sin santidad, que es otra palabra para integridad o salud, nadie verá al Señor (Hebreos 12:14).

Si esta salud nuestra no se encuentra, que nos sirva de advertencia que será un infierno eterno, porque ¿qué es el infierno? ¿No es el pecado consumado? ¿Cuáles son las cadenas de los condenados sino sus propias pasiones tiranas? Los fuegos que arden y no consumen, ¿no serán deseos insatisfechos? El gusano que nunca muere, ¿no será una conciencia atormentadora? El hombre mismo es su propio infierno.

Es cierto que puede haber, además de esto, penas de parte del Señor, porque ¿quiénes somos nosotros para pretender conocer los secretos de la horrible prisión? Puede haber aflicciones positivas de la mano divina, pero sin estas hay suficiente miseria en la desesperación y tormento abundante en el remordimiento.

Si un hombre fuera llevado al cielo mismo y estuviera rodeado de todas las circunstancias que ayudan a los bienaventurados a expresar su gozo, sin embargo, allí ardería, y allí crujiría los dientes, y allí lloraría y se lamentaría, si todavía su pecho estuviera corroído por la enemistad hacia Dios y su corazón palpitara con pasiones feroces y fuertes. Dentro de nosotros mismos debe estar siempre el cielo esencial o el infierno real.

Ahí reside el asunto principal. Señor, estás enfermo y debes ser curado, o estás condenado, porque tu enfermedad es una condenación incipiente. Señor, naciste con un cáncer en tu seno, que un día inundará toda tu naturaleza con su horrible repugnancia, y entonces llegará el tiempo de tu miseria. Debes ser curado, o de lo contrario te espera un destino que el lenguaje no puede describir.

Seguramente he dicho suficiente para mostrar que la salud perfecta de la humanidad es la mayor de las bendiciones, y paso al siguiente punto.

## **II. Nuestro texto afirma gozosamente, en segundo lugar, que DIOS ES NUESTRA SALUD.**

«Espera en Dios, porque todavía he de alabarle, quien es la salud de mi rostro y Dios mío». Dios es nuestra salud. Lo es en el sentido de que, en primer lugar, Él es el originador de la salud, que una vez fue disfrutada por la humanidad. Hubo en los días primigenios un hombre perfecto, más aún, hubo

una pareja perfecta sobre la faz de la tierra, y estos poseían una cordura total, porque Dios, que es santo, los hizo íntegros o santos, y fueron perfectos en sus caminos desde el día en que fueron creados hasta que la iniquidad se halló en ellos.

Fueron hechos un poco menores que los ángeles, pero vestían una gloria y un honor que hacían que todas las criaturas inferiores obedecieran a su mandato. Esa belleza de la santidad fue obra de Dios, que hizo al hombre recto e hizo que su rostro resplandeciera de salud. El que hizo puro al primer hombre debe hacernos puros a nosotros, o nunca seremos puros.

Pero además, Dios es la salud de nuestro rostro porque nuestra relación con Él es la prueba de nuestra salud. Tal como eres con respecto a Dios, eso es lo que realmente eres. Es bueno estar bien con tus semejantes. Amar a tu prójimo como a ti mismo es justo y correcto, pero Aquel que nos hizo tiene el primer reclamo sobre nosotros.

Nuestro Creador debería, ante todo, tener el amor y la lealtad de nuestros corazones. Si Él no es el objeto principal de nuestros pensamientos, ten por seguro que estamos equivocados. Sea cual sea nuestra relación con los demás, estamos tristemente equivocados si estamos desordenados hacia Dios. Si no amas a Dios, no amas a Aquel que es el más santo, el más puro y el mejor. Si no amas a Dios, es seguro que no amas la bondad esencial, la verdad, la justicia y la pureza.

Te quejas de que el carácter de Dios está muy por encima de ti. ¡Entonces, qué bajo debes estar! Afirmas que no puedes pensar en Él como tu Padre, pero te recordamos que cuando un hijo no puede pensar en su padre como su padre, su corazón debe estar realmente alienado.

¿Te juzgas a ti mismo alguna vez en relación con Dios? Los hombres rara vez lo hacen, y cuando usan expresiones que se refieren a esta relación, generalmente las usan mal. He notado aquí antes que si llamamos a un hombre «pecador», no se ofende con nosotros, porque eso solo significa que desobedece la ley de Dios. Pero si lo llamamos «criminal», se indigna, porque eso significa que ha quebrantado las leyes de los hombres. ¡Ay! que nuestra relación con el hombre parezca ser mucho más importante que nuestra conexión con Dios.

Anteponer al hombre a Dios es injusto y muestra la injusticia esencial de los corazones no renovados, porque cuando sus corazones están enderezados, los hombres sienten que preferirían mil veces ofender a sus semejantes que ofender una sola vez a su Dios. Así que puedes juzgar tu salud espiritual por tu relación con Dios. ¿Lo amas? ¿Confías en Él? ¿Hablas con Él? ¿Oras a Él? ¿Es tu amigo? ¿Es tu deleite? ¿Es su voluntad tu voluntad? ¿Te complaces en lo que le complace a Él? ¿Tu vida corre paralela a la vida de Dios?

Te va bien si las cosas son así; estás en camino de que te vaya bien si deseas que sean así. Pero si, por el contrario, la voluntad de Dios tira para un lado y tú para el otro, el Señor no puede estar equivocado, y tú estás claramente demostrado estar en mal estado. El Señor es santo. «Santo, santo, santo», dicen los ángeles, y si no eres como Él, eres impío; es decir, no eres íntegro, no estás espiritualmente sano; tu naturaleza está enferma. Dios es nuestra salud, entonces, porque nuestra relación con Él es la prueba de ello.

Recuerda también que el Señor es el modelo mismo de la salud. Todas las perfecciones se encuentran en Él. En la naturaleza de Dios ningún atributo se entromete jamás con otro. No puedes encontrar en el carácter de Dios ningún punto del cual puedas decir: «Él es solo esto, con exclusión o sombra de otras excelencias». Dios es amor, pero Dios también es fuego consumidor. Dios es misericordioso, pero Dios es verdadero. Dios es grande, pero Dios es bueno. Todas las excelencias están en Él en perfección.

Mira, entonces, si eres como Dios, porque si no lo eres, no eres como el modelo de salud. Si los síntomas de tu condición difieren de las características de Dios, estás enfermo, porque Dios es el estándar de la santidad perfecta.

El texto intenta enseñarnos que Dios debe ser para cada uno de nosotros el restaurador de nuestra salud espiritual. Si alguna vez recuperamos la cordura, Él debe restaurarnos. El Sol de Justicia debe traernos sanidad, el viento celestial del Espíritu Santo debe ahuyentar la pestilencia del pecado. El agua de la vida debe obrar nuestra curación, la planta de renombre debe proporcionarnos bálsamo. La enfermedad del hombre exige un médico divino.

Solo la sabiduría omnipotente puede hacer que un hombre esté sano o mantenerlo así. Este cuerpo nuestro es tan complejo y contiene tantos huesos, células, músculos, nervios, tejidos y vasos sanguíneos que quizás sea el mayor milagro sobre la faz de la tierra que vivamos, o si hay uno mayor, debe ser que vivamos con salud. El Dr. Watts dijo bien:

***«Extraño que un arpa de mil cuerdas***

***Pueda permanecer afinada tanto tiempo».***

Pero cuando pienso en el alma, es mucho más misteriosa que el cuerpo, que poner un alma en la debida conformidad con Dios y mantenerla recta parecería ser una maravilla mayor que cualquier cosa que pueda ser descubierta por el fisiólogo en la anatomía del cuerpo. Oh Dios, Tú solo hiciste al hombre, y Tú solo puedes librarlo de los males que lo han deshecho y traerlo de vuelta a ser lo que Tú quisieras que fuera. Ninguna mano sino la Tuya debe aventurarse en la tarea.

Solo yerran los que se jactan de regenerar con agua. Yerran, no, mienten. Solo Dios puede regenerar un alma, y Su Espíritu debe hacerlo mediante ese mismo poder poderoso que resucitó al Redentor de entre los muertos. Nada menos que la omnipotencia en su plenitud puede levantarnos de nuestra enfermedad natural a la salud espiritual.

La salud espiritual se produce cuando Dios viene a nosotros, porque la única medicina para un alma enferma no es algo fuera de Dios, sino Dios mismo. No pudo curarnos hasta que nos dio a Su Hijo, y Su Hijo no pudo sanarnos hasta que se nos dio a Sí mismo. Hoy, el alimento de la salud espiritual es la carne y la sangre de Jesús, y nada nos impide recaer en el pecado sino la morada del Espíritu eterno.

Nuestra salud es nuestro Dios, nuestro Dios encarnado, nuestro Dios que mora en nosotros, nuestro Dios que mira desde el trono de la gloria y dice: «Habitaré en ellos y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (2 Corintios 6:16). JEHOVÁ Rofe, el Señor que te sana (Éxodo 15:26), este es tu nombre, oh Señor, y por él te adoramos.

### **III. Pero debo pasar al tercer asunto, es decir, QUE ESTA SALUD TIENE SEÑALES VISIBLES.**

«Él es la salud de mi rostro». La salud de un hombre se juzga principalmente por su rostro. Ciertamente, se puede saber algo por su andar, y cada miembro del cuerpo evidencia más o menos su condición, pero el rostro es la ventana del alma, el espejo que refleja la naturaleza. La verdadera cordura hacia Dios, o al menos su comienzo en la obra de la gracia, puede ser vista. No es un secreto cerrado oculto a la observación; se manifiesta.

Existe la noción de que quizás un hombre pueda ser salvo y no saberlo, vivo para Dios inconscientemente, lavado en la sangre de Jesús sin saberlo, de modo que pueda vivir sin descubrir su propia salvación y solo descubrirla con la ayuda de un sacerdote al morir. No hay nada parecido en la Palabra de Dios, nada de eso. Esa puede ser la versión del Vaticano, pero no es la versión de la Nueva Jerusalén. Lee las Escrituras y encontrarás que los hombres hablan de «nosotros los que somos salvos» (2 Corintios 2:15). Los encuentras declarando que, siendo justificados por la fe, tienen paz para con Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor (Romanos 5:1).

Cuando el Señor Jesucristo toma a un hombre para sanarlo, hace una diferencia en su rostro. Con esto no me refiero, por supuesto, meramente al rostro del cuerpo, sino a ese rostro que David quería decir, esa parte de nuestra naturaleza que es visible para otros. El Señor da evidencias externas de su obra interna.

¿Y qué clase de señales son esas? Quita del rostro de nuestra humanidad las manchas del pecado. Miro el rostro espiritual de un hombre y descubro que es un borracho, que es un hombre de lujuria,

que es un hombre de ira, que es un hombre duro y cruel, un hombre mezquino y avaro. Estas son tantas manchas. Y cuando la gracia de Dios entra en el corazón, quita estas deformidades y embellece el carácter.

Cuando el Señor Jesús comienza a sanarnos, quita de nuestro rostro la palidez de la desesperación. ¿La has visto alguna vez? Yo la he visto en el rostro corporal real, y es una vista espantosa. Pero oh, cuando esas encantadoras campanas se oyen sonar, las campanas de «gracia gratuita y amor moribundo», y el hombre sabe que su pecado es perdonado y que es acepto en Cristo Jesús, entonces la desesperación huye, la sombra del ala del dragón es quitada del rostro, y la paloma de la paz pasa y arroja un resplandor como de plata sobre el rostro.

Cuando el Gran Médico sana a los hombres, quita la palidez del miedo, porque los hombres están pálidos cuando temen la ira venidera y tiemblan no sea que mueran en sus pecados. Una vez perdonados, esa palidez se ha ido, y el rubor de la confianza vuelve a la mejilla. La lobreguez de la tristeza también se va del hombre a quien Cristo sana.

***«¿Por qué debería afligirme más?***

***Confío en un Salvador inmolido,***

***Y seguro bajo su cruz protectora,***

***Inmóvil permaneceré».***

Y cuando el Señor continúa obrando las curaciones de la gracia, es maravilloso cómo quita del rostro las líneas y surcos de la necesidad. Las mandíbulas demacradas del hambre se ven en muchos que anhelan a Cristo y la gracia, y no pueden encontrar ni lo uno ni lo otro. Pero cuando Cristo viene, sacia el alma y engorda los huesos, y el rostro del corazón se alegra.

Permítanme decirles, aunque me temo que algunos cristianos no lo demuestran, que el Señor Jesús suaviza las arrugas del cuidado de las frentes de Sus pacientes. Cuando los cristianos están bajo la influencia de la gracia divina, no conocen el cuidado. Echan su cuidado sobre Aquel que cuida de ellos. Hacen lo poco que pueden y dejan el resto con su Señor, y todo va bien, y su vida es paz. Oh, hombre feliz que ha sido así sanado.

«Bueno», dice uno, «confío en que soy sanado del pecado, pero no estoy tan sanado como eso». Hermano, el Buen Médico continúa Sus operaciones, y si todavía no tienes toda la curación, es tu culpa y no la Suya, porque está en Su poder, si confías en Él, quitar la tristeza, el miedo, la desesperación, la duda, e incluso el cuidado, para que puedas decir como nuestro himno lo expresa:

***«Todo lo que me queda***

***Es solo amar y cantar,  
Y esperar hasta que los ángeles vengan  
A llevarme a su Rey».***

No pasará mucho tiempo antes de que vengan si estás en esa condición. Solo los malos agricultores dejan su trigo demasiado tiempo en el campo, pero mi Señor nunca ha hecho eso. Siempre que Sus gavillas están listas para el granero, Él se asegura de cosecharlas.

Un hombre perfecto está en el umbral del cielo. Cuando estés espiritualmente sano y hayas pasado tu cuarentena espiritual, y no haya más enfermedad en ti, ¿crees que tu Señor te mantendrá fuera del cielo? No lo hará, Él está demasiado deseoso de tenerte con Él donde Él está.

La salud que nuestro Señor Jesús obra en nosotros se ve en el rostro espiritual de muchas maneras. Primero, hace que los ojos brillen. Un hombre lleno de dudas y temores, o atormentado por la ambición o el amor al mundo, no tiene esperanzas brillantes y transportadoras. Pero el hombre que cree en Jesús tiene una esperanza de que cuando los días y los años hayan pasado, estará en el cielo donde Jesús está.

Debo confesar que a veces, cuando trato de realizar esa esperanza, mi ojo físico se nubla, porque las lágrimas comienzan a fluir y casi me ciegan. ¿Podré, podré ver Su rostro y echar una corona a Sus pies? Podré, sé que podré. Pero oh, parece demasiado bueno para ser verdad. Mientras el ojo físico se nubla así, cuán brillante se vuelve el ojo espiritual con tal esperanza para animarlo.

La salud espiritual imparte una belleza a todo el semblante. Piensa en cómo la esposa describe su belleza. Ella dice: «Negra soy» —no pudo evitar decir eso, porque estaba tostada por el sol debido a la exposición al mundo— pero añade: «Soy hermosa» (Cantares 1:5). Su Señor la miró de tal manera que ella sintió que Él podía ver su hermosura aunque ella no pudiera.

***«Aunque en nosotros mismos negados somos,  
Y negros como las tiendas de Cedar parecemos,  
Sin embargo, cuando nos vestimos de Tu hermosura,  
Bellos como los atrios de Salomón».***

No hay objeto más hermoso a los ojos de Cristo que Su propia iglesia. ¡Qué pasaje aquel en el Cantar, donde el rey exclama: «Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha»! Ve con ojos de amor, ciertamente, quien ve tal belleza. Sin embargo, la gracia hará al cristiano más hermoso de lo

que se pueda concebir; la gloria hará al cristiano completamente amable. No tendremos mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que estaremos sin falta delante del trono de Dios.

¡Qué diferencia hace la gracia en la frente espiritual cuando obra con poder! Por naturaleza, nuestra frente es como de bronce: dura, audaz, presuntuosa; pero ved en qué la convierte la gracia. «Tus sienes son como cascos de granada detrás de tus velos». La granada, cuando se abre, es roja y blanca, y la frente del cristiano está llena de los rubores de una santa vergüenza.

«Detrás de tus velos», dice el Cantar, como oculta con santo temor, pero lo que se veía de su frente era rojo y blanco, sonrojándose con timidez y santo amor en la presencia de su Señor. Ruego que todos vosotros, los que os habéis convertido en estos días, sepáis lo que significa la santa vergüenza.

La confianza en Cristo es admirable, pero no la desfachatez ni la autosuficiencia. Temo a esas personas que están tan seguras, tan confiadas de repente, y que nunca han sentido el peso del pecado. Avergonzaos y confundíos mientras os aferráis a Cristo, porque cuanto más haga Él por vosotros, menos debéis pensar en vosotros mismos. Podéis medir con mucha precisión la realidad de vuestra gracia por la realidad de vuestro propio desprecio.

El Esposo también describe los labios de Su amada: «Como hilo de grana son tus labios, y tu habla hermosa». Antes de que recuperara la salud, sus labios estaban lívidos; antes de recibir consuelo, estaban blancos de miedo, pero ahora lucen un rojo saludable y son amables para su Señor.

¿Qué hay de vuestros labios, amados hermanos? ¿Son labios que oran, labios que cantan, labios que confiesan? ¿Habláis bien del Redentor y os regocijáis cada vez que contáis lo que Su amor ha hecho por vosotros? Bien está con nosotros cuando para nuestro Señor «tus mejillas están hermosas con hileras de joyas, y tu cuello con cadenas de oro», mientras todo nuestro rostro resplandece de santidad.

Cuando Dios es nuestra salud, todo nuestro semblante se vuelve brillante. Según las palabras del Cantar: «¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden?»

El semblante del creyente se vuelve brillante con claridad, en cuanto a sí mismo respecta: está salvo y lo sabe. Se vuelve hermoso, en cuanto a los demás respecta, pues ven la excelencia de su carácter y se maravillan de ella. Y luego se vuelve deslumbrante para sus adversarios, como el sol vence a los osados espectadores con su resplandor. La santidad es para los opositores «imponente como ejércitos en orden».

Deseo que aquellos de vosotros que habéis estado bajo la mano del Gran Médico últimamente, resplandezcáis y proclaméis el poder de Jesús. Vuestro Amado clama: «Déjame ver tu rostro, porque dulce es tu rostro, y hermoso tu semblante».

Si Cristo os ha curado, ¿por qué ocultáis Su obra? Me siento inclinado a hacer con vosotros como hicieron los guardas con la esposa en el Cantar: «Me hirieron, me quitaron el velo». No quisiera heriros severamente, pero quisiera quitar el velo a algunos de vosotros, para que seáis vistos, para que la iglesia os vea y los santos se regocijen en lo que el Salvador ha hecho por vosotros.

David dice: «Él es la salud de mi rostro». No dice «la salud de mi corazón meramente», «la salud de mis entrañas», aunque eso fuera cierto, sino «de mi rostro». Por lo tanto, si el Señor ha hecho grandes cosas por vosotros, proclamadlo en alta voz y haced que las calles de Jerusalén resuenen con cánticos de agradecimiento.

**IV.** La última observación es esta: ESTE PASAJE DA ESPERANZA A LAS ALMAS MÁS ENFERMAS ENTRE NOSOTROS.

«Espera en Dios, porque aún he de alabarle, ¡salud de mi rostro, y Dios mío!». Mirad la Fuente de la salud espiritual. Si David hubiera dicho: «Aún me recuperaré, porque tengo una constitución espléndida. Mi vigor es tal que superará esta enfermedad». Tal jactancia no os animaría, ¿verdad? Porque en vuestro caso, toda la cabeza está enferma y todo el corazón desfallecido. No tenéis vigor sino para el mal. La enfermedad os ha herido hasta lo más profundo, y vuestro corazón se ha derretido como cera en medio de vuestras entrañas. Entonces, bendecid a Dios porque vuestra curación no depende de ninguna fuerza constitucional en vosotros mismos.

A continuación, notad que David no espera la curación de nada que él pueda hacer. No dice: «Ciertas acciones mías me recuperarán aún de mi enfermedad». En absoluto. Si así fuera, vosotros, amigos míos, estaríais desesperados, porque no podéis hacer nada. ¿Qué buena obra podríais hacer? ¡Vaya! Tenéis los dedos sucios, y si intentarais producir una pieza de lino blanco, la ennegreceríais al tejerla. No podéis lograr vuestra propia salvación, ni necesitáis hacerlo. La salud del rostro de David residía donde debe residir la vuestra, no en vuestras obras, sino en la salvación de Dios.

Y notad, no habla de someterse a un largo proceso. «Aún he de alabarle, ¡salud de mi rostro, y Dios mío!». Aquí no se menciona esperar, demorarse, rezagarse ni holgazanear, como algunos predicadores parecen dar a entender. No, David entendió, como confío que nosotros entendamos, la doctrina de: «Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra».

El que cree en el Señor Jesucristo recibe, mediante esa mirada de fe, el principio de salud, que comenzará a obrar de inmediato y, finalmente, expulsará toda enfermedad espiritual. Bienaventurado es saber que nuestra esperanza está en Dios y no en nosotros mismos.

Quiero que, por un momento, especialmente vosotros que deseáis ser sanados, penséis en quién es Él y qué hay en Él que debéis considerar como vuestra salud espiritual. El pecado es vuestra enfermedad, y aquí hay misericordia sin límite para enfrentarla. Habéis hecho el mal de todas las maneras, y lo que es peor, vuestra propia naturaleza es mala. Pero aquí está Dios, que se deleita en perdonar, infinitamente bondadoso, hallando felicidad en pasar por alto la transgresión y el pecado; miradle, pues.

Aquí serán ahogados todos vuestros pecados, porque el amor de Dios en Cristo Jesús es un mar sin fondo y sin orilla. Aquí hay curación asegurada para vuestra enfermedad, porque la misericordia infinita no puede ser frustrada en su designio.

Además, aquí hay también una expiación infinita. Dios no solo está dispuesto a perdonar, sino que puede hacerlo de manera consistente con la justicia, porque Su propio Hijo amado ha sangrado y muerto. Cuando dirijo mis ojos al Hijo de Dios sangrando en la cruz, tan glorioso es Su sacrificio a mis ojos, que concluyo que si hubiera diez mil, mil mundos llenos de pecadores, debe haber suficiente mérito en la muerte de Cristo para salvarlos a todos, si Dios así lo hubiera querido.

Porque no podemos concebir límite alguno al mérito del Hijo de Dios agonizante. La Deidad encarnada sufre bajo el látigo de la justicia, es traspasada hasta el corazón, es muerta, es puesta por tres días en el sepulcro. ¡He aquí que debe haber un esplendor de poder en ese majestuoso sacrificio, ilimitable, inconcebible! Ven, alma, si esta es tu curación, ninguna enfermedad puede prevalecer contra ella. La misericordia infinita, armada con una expiación infinita, puede lograrlo todo. Oh Dios, ciertamente Tú eres la salud de mi rostro. Por Ti soy devuelto de mi muerte en pecado.

Recuerdo entonces que la energía divina está lista para obrar nuestra curación, y la omnipotencia lo hace todo. «¿Vivirán estos huesos secos?», dijo uno de antaño, pero vivieron. Los muertos han sido resucitados, y aún en esta hora, las cosas imposibles para los hombres son posibles para Dios, y el Espíritu Eterno espera para obrar Sus milagros de amor incluso ahora.

Ninguna propensión de la naturaleza depravada es demasiado fuerte para el Todopoderoso. Hombre, ¿tienes un león de ira dentro de ti? Este Sansón puede desgarrar a este león como si fuera un cabrito. ¿Tienes una hueste de pasiones malignas dentro de ti, y temores, fuertes como los madianitas de antaño? He aquí, esta corriente sagrada de amor divino, más poderosa que el antiguo Cisón, puede barrerlos a todos.

¿Acaso Satanás mismo ha entrado en ti y ha traído consigo una legión de demonios? ¿Ha vomitado el infierno toda su progenie para tener un horrible carnaval en tu naturaleza? Hubo uno de quien Jesús echó siete demonios; no, otro de quien expulsó una legión. Ven a Jesús, hombre, porque los demonios aún tiemblan ante Su poder. Jesús puede ahuyentar al enemigo de ti. Toda la energía de Dios espera para sanarte.

«Buscad al que hace las Pléyades y el Orión, y trueca las tinieblas en mañana, y llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra; Jehová es su nombre», porque nada puede prevalecer contra el poderoso brazo de Su gracia irresistible.

Para completar esto, debo añadir que hay, en Dios, que es la salud de nuestro rostro, un amor inmutable. Si Dios comienza a sanaros, nunca abandonará la obra hasta haberla logrado. No está registrado en la vida de Cristo ni una sola cura a medias. No leo de ninguno en quien los demonios regresaran después de que Jesús los expulsara, ni de ningún leproso que volviera a tener lepra.

No tengo que predicaros una salvación que se pueda perder y que dependa de vuestro buen comportamiento. Sino que, he aquí, predico un perdón que nunca será revocado, una aceptación en el Amado que nunca será cancelada, una adopción que os hace hijos para siempre. Entregaos a Jesús, y Él os dará vestiduras de misericordia que nunca se desgastarán, tesoros de amor que ni la polilla ni el orín consumirán, y una salud que os introducirá en una ciudad donde el habitante no dirá más: «Estoy enfermo», porque el pueblo que allí mora ha sido perdonado de su iniquidad.

La curación por parte de Dios mismo presenta un motivo de esperanza para los peores entre nosotros, y bendito sea Dios, muchos de nosotros lo hemos experimentado como David. Ahora, si nosotros, como hombres honestos, os decimos que Dios en Cristo Jesús es la salud de nuestro rostro, confiamos en que nos creeréis y que buscaréis al Señor por vosotros mismos. La curación que Dios da en Jesucristo está disponible para toda alma enferma de pecado. Quienquiera que seáis, si hoy estáis enfermos, Dios es poderoso y está dispuesto a sanaros mediante Jesucristo Su Hijo. Os ruego, no os demoréis por ningún temor a Su capacidad o a Su voluntad, sino venid y sed bienvenidos, venid y sed bienvenidos, venid ahora mismo.

De nada sirve que predique acerca de la curación a aquellos que no están enfermos. Jesús no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Pero para aquellos que están enfermos, este será un mensaje gozoso. Quisiera ponerlo en una forma tan inconfundible que deban comprenderlo, instruyéndoles el Espíritu Santo.

Tenéis una enfermedad mortal en vuestra naturaleza, cada uno de vosotros. En algunos de vosotros, ha tomado una forma muy horrible, pero la enfermedad está en el corazón de cada uno de

vosotros, damas y caballeros, incluso la misma que supura en el seno de la ramera y el ladrón. Es cierto, se ha manifestado de manera diferente en ellos. Las circunstancias han ayudado a sacarla a relucir. Quizás si hubierais estado en sus circunstancias, se hubiera desarrollado tan vilmente como en ellos.

Ahora, si hoy sentís los terribles estragos de esta enfermedad, me alegro de ello, porque es una señal esperanzadora. Cuando el sumo sacerdote examinaba a los hombres sospechosos de ser leprosos, puedo suponer que uno diría: «Tengo una mancha muy mala en la frente, pero justo cerca de mi pecho hay un trozo de carne limpia donde no hay escamas blancas. Estoy bien en el corazón, aunque mal en otras partes». «¡Ah!», diría el sacerdote, «eres inmundo y debo apartarte».

Otro diría: «Es cierto que tengo una blancura en los labios, pero si me examináis, hallaréis la mitad de mi cuerpo libre de la enfermedad». «Ah, debo echarte fuera del campamento», dijo el sacerdote. Pero por último, vino uno que dijo temblando al sacerdote: «Soy leproso del todo; no puedo señalar un lugar tan pequeño como la cabeza de un alfiler que esté limpio. Soy un leproso desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza». El sacerdote ponía sus manos sobre ese hombre y decía: «Eres limpio».

¡Cuán asombrado debió haber quedado! Asombraos también vosotros, oh alma desesperada. Si sois pecadores y nada más que pecadores, condenados, perdidos, arruinados, y si permanecéis en eso y miráis al Señor Jesucristo para salvación, sois limpios por completo. Siempre que somos llevados a una perfecta pobreza del alma y una bancarrota absoluta del espíritu, de modo que volvemos nuestros bolsillos al revés y no podemos encontrar ni un mísero céntimo, entonces Cristo y todos los tesoros de Su gracia son nuestros. Oh, ser llevados a la profundidad más baja de la desesperación de uno mismo, ¡porque esa es la puerta de la esperanza!

Mientras vuestra copa esté medio llena, Cristo no derramará Su vino en ella. Ahora traed vuestras copas y decid: «Señor, hay un poco de bien en el fondo, ¿no me recomienda eso?». No, no, no. Nunca derramará el vino nuevo del reino hasta que estéis vueltos del revés y limpiados como un hombre limpia un plato. Pero cuando estéis completamente vaciados, entonces Él derramará el torrente de Su amor hasta que llene el vaso de vuestra naturaleza.

El Señor os haga sentir enfermos, incluso hasta la muerte, y entonces hallaréis que Jesús es la resurrección y la vida.

**PORCIÓN DE LA ESCRITURA LEÍDA ANTES DEL SERMÓN: SALMO 42 Y**

**JEREMÍAS 30:4-17**

**HIMNOS DEL "LIBRO DE HIMNOS PROPIO": 908, 715, 103**

---

Tomado de *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, la capitalización de los pronombres de la deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido está completo. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).